

perdonar. ¿Cuántas veces no se queja en la Escritura de que se deja á su justicia castigar y perder almas que tanto querría salvar? Nos dice por uno de sus profetas: *Yo he buscado un hombre que ponga su oracion, como una muralla, entre mi cólera y los culpables; que tome el partido de los pecadores contra mí impidiéndome herirlos..* Si, se inclinaba tanto mi corazon á la clemencia, que un solo hombre hubiera bastado para suavizar mi cólera. Yo he buscado este hombre.... ¿por qué fué que no lo he encontrado....(1)

¡Ah, Señor! vos no buscareis en vano á este amigo de los pecadores, que invoque por ellos vuestro nombre y detenga vuestro brazo vengador. Vos lo encontrareis en la piadosa sociedad de hijos de Maria: honrando su corazon, han aprendido ellos la caridad. No cesarán de clamar hácia vos: *Perdonad mi Dios, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que llegue á ser juguete de vuestros enemigos y los suyos.* (2) ¡O Maria! á los pecadores debeis el mas grande de vuestros privilegios, vuestra divina maternidad; tambien principalmente por ellos habeis recibido vuestro poder: ¿será posible que los olvideis? Está en vuestras manos el precio de su redencion, en vuestro Corazon está escrito su nombre.... mostrad que vos sois su Madre. Acordaos &c. (pág. 32.)

(1) Ezech. 22, 30.

(2) Joel. 2, 17.

TERCER MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

NUESTRO PROPIO INTERES.

PRIMERA MEDITACION.

CUANDO NO SE TIENE CELO POR LA SALVACION DEL PRÓJIMO, ESTÁ UNO EN GRAN PELIGRO DE PERDERSE Á SÍ MISMO.

PUNTO I.

Se falta al mas esencial de los deberes del cristiano, la caridad.

Todo el Evangelio se encierra en el doble amor de Dios y del prójimo. El es el fuego sagrado que Jesucristó trajo del cielo y que desea con tanto ardor encender en todos los corazones. ¿Se encuentra de él una centella en el hombre que ve con el mismo ojo la gloria y el ultraje de su Dios, la salvacion y la pérdida de sus hermanos? ¿Dios es alguna cosa para el que no toma parte en su causa cuando la ve traicionar y la puede defender? Evidentemente quebranta de la manera mas formal

el primero y el gran mandamiento de la ley. En cuanto al segundo que es semejante al primero, si nos obliga á socorrer á nuestros hermanos en sus necesidades temporales, nos impone una obligacion mas estrecha todavía de asistirlos en sus necesidades espirituales. Debemos amar al prójimo como *Jesucristo nos ha amado á nosotros* (1). ¿Para qué ha derramado él su sangre? Por salvar á nuestra alma y no precisamente para salvar nuestro cuerpo; para librarnos del infierno, y no para preservarnos de las miserias humanas.

De aquí viene lo que dice S. Agustin: *Si vosotros no teneis celo, vosotros no teneis amor*. Ademas S. Juan nos enseña que: *El que no ama está muerto* (2). ¡Triste estado del que permanece indiferente á la salvacion de sus hermanos! Se falta por solo esto al mas esencial de sus deberes y al que hace esta situacion mas deplorable todavía.

PUNTO II.

Se falta á él sin remordimientos.

Este deber es de la clase de aquellos respecto de los cuales la ilusion es mas fácil y mas or-

(1) 1. Joan. 4, 12.

(2) 1. Joan. 3, 14.

dinaria. Se cree que la obligacion del celo mira únicamente á los ministros del Señor; que hará uno lo bastante si se santifica á sí mismo. Por lo que respecta á la santificacion de los otros, se cree haber respondido á todo diciendo: *No es este mi negocio*. ¿Y de quién, pues, es el asunto, pregunta S. Juan Crisóstomo? ¿Puede ser que sea del demonio que trabaja con tanto ardor y constancia en tentar y perder? ¿Será de los hereges y de los libertinos, que hacen tantos esfuerzos, y emplean tantos medios para corromper la fé y las costumbres?

¿No tengo yo vergüenza de hablar como Cain, preguntando si soy el custodio de mi hermano (1)? Si, sin duda yo soy: y desgraciado de mí si viene á perderse, no solamente por efecto de mis escándalos sino por mi negligencia en edificarlo, en advertirle, y en rogar por él. La misma ley que me obliga á amarlo, me obliga desearle y á procurarle, hasta donde pueda, la felicidad: *Dios*, dice la Escritura, *ha confiado cada hombre á los cuidados de su prójimo* (2). Sin embargo, está uno dormido respecto de una obligacion tan grave; pero en la muerte y en el tribunal de Jesucristo ¿qué modo de despertar?

(1) Gen. 4, 2.

(2) Eccl. 17, 12.

PUNTO III.

¿Cómo no temer un juicio sin misericordia?

El que ha de sentenciar sobre nuestra suerte eterna, es el mismo que ha amado tan tierna y escesivamente las almas; el que nos ha dado un mandamiento tan estrecho de amarnos unos á los otros, como él nos amó el primero, y que ha tomado por su precepto particular, como mas conforme á las inclinaciones de su divino Corazon, el bello precepto del amor fraternal. ¡Con qué severa equidad vengará su infraccion y menosprecio en la cruel insensibilidad de los que habrán dejado perecer á las almas!

Ah! ¡qué un Dios víctima de su amor por la salvacion de los hombres, será un juez terrible para los hombres sin misericordia y sin celo! ¡Qué sentencia tan formidable saldrá contra ellos de sus llagas! *Alejaos de mí artifices de iniquidad, yo no os conozco* (1); no veo en vosotros el carácter de mis discipulos; no teneis nada de comun conmigo. La dureza de vuestros corazones respecto de vuestros hermanos ha endurcido el mio respecto de vosotros. Su desgraciada suerte no os ha movido á compasion, y yo no la tengo de la vuestra. Habeis rehusado

(1) Math. 7, 53.

concurrir conmigo á salvarlos, yo no soy mas vuestro Salvador.

¡O Dios mio, tened piedad de mí! Yo soy indigno de ella, lo confieso, porque no he tenido piedad de mis hermanos; merezco que me trateis con todo el rigor de una justicia inexorable; pero escuchad todavía en mi favor la voz de vuestra infinita misericordia, Señor, no entreis en juicio con un siervo infiel que se juzga y se condena así mismo. Y vos, ó María; en quien los ángeles encuentran el gozo, los justos la gracia y los pecadores el perdon, rogad por mí pobre pecador, yo os conjuro por vuestro corazon tan puro y tan compasivo; y despues que me hubieréis reconciliado con Jesus, vuestro adorable Hijo, yo no cesaré de invocaros por los que han tenido como yo, la desgracia de ofenderle. Acordaos &c. (pág. 32)

SEGUNDA MEDITACION.

PRECIOSAS VENTAJAS DE UNA VIDA EMPLEADA EN LAS OBRAS DE CELO.

PUNTO I.

La gloria de esta vida.

¡O qué hermosa es la vida de un cristiano celoso de la salvacion de sus hermanos! ¡Es la

vida de todos los grandes hombres que la religion ha formado y que aun forma todos los dias; qué trabajos emprendidos, qué sufrimientos pasados por un tan noble fin! La vida de los ángeles que se dedican tan generosamente, como nos enseña S. Pablo, *al servicio de los que deben obtener la magnífica herencia de la salvacion* (1): la vida de la Santísima Virgen, que en cualidad de Madre de un Dios Salvador, abogada y medianera de los pecadores, no tuvo jamas deseo mas ardiente que cerrar el abismo bajo sus piés, y abrirles el cielo: la vida de Dios mismo en alguna manera; porque todos sus pensamientos, todos sus afectos y todos sus sacrificios son para la salvacion de los hombres.

Cuando trabajamos en esto, nosotros somos *sus ayudas y sus cooperadores* (2), segun la expresion del grande Apóstol. ¿Y en cuál de sus obras quiere aceptar nuestra cooperacion el que no necesita si no de sí mismo? En la mas hermosa y la mas admirable de todas las que conocemos, la santificacion de los hombres.

S. Agustin se adelanta, hasta decir que mudar un perador en justo, es una maravilla que escede á la creacion del cielo y de la tierra; y S. Dionisio asegura que todas las cosas que llamamos divinas, por razon de su escelencia, no hay

(1) Hebr. 1, 14.

(2) 1. Cor. 3, 9.

ninguna que lo sea tanto como concurrir con Dios á la salvacion de las almas.

¡Ah, Señor! vos honrais escesivamente á vuestros amigos, cuando los asocias á tan grandes designios. Aquel será para mí el primer fruto de una vida empleada en la salvacion de mis hermanos: el segundo, me será todavía mas querido.

PUNTO II.

La santidad de esta vida.

Ella es pura y abundante en merecimientos: dos caracteres de la vida verdaderamente santa, dos títulos incontestables á las mas ricas coronas de la feliz eternidad. La caridad es la guarda mas segura de la inocencia: es raro que un hombre celoso de la salvacion de sus hermanos, llegue á perder un tesoro tan precioso. Dios que lo ama como á instrumento de su misericordia, tiene por él una providencia y unas atenciones particulares; lo guarda como á las pupilas de sus ojos. Los ángeles, cuyos piadosos esfuerzos para la santificacion de las almas que les son confiadas; secunda, velan sobre sus pasos, y le prodigan los cuidados mas tiernos: combaten á su lado, lo cubren con sus alas, y lo llevan en sus brazos.

Tuvo sin embargo la desgracia de caer, está

escrito: *Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia* (1). Sus obras, ó mi Dios, os hablarán por él. Seréis inflexible respecto del que con tanta frecuencia os ha inclinado á la misericordia en favor de los otros? ¿Contristareis á los escojidos que rodean vuestro trono, rechazando los votos ardientes que os dirigen por el que despues de vos los ha salvado? No, Señor; vos ireis con una gracia victoriosa al socorro de un pecador que tiene, yo me atrevo á decirlo, algun derecho á vuestra clemencia; y penitente casi tan pronto como culpable, volverá á tomar con un ardor nuevo el amable yugo de vuestra ley. La vida de un cristiano celoso, es pura y abundante en merecimientos.

Todo es elevado en ella, santificado por el fin mas agradable á Dios, la caridad; porque el celo no es mas que la caridad en el grado mas perfecto. Es limosna hecha á las almas; y tan superior á la que no tiene por objeto mas que el cuerpo y el tiempo; quanto el alma es superior al cuerpo, y los bienes y los males de la eternidad, á los bienes y los males de esta vida que pasa tan presto. ¡Qué hermosa y santa es la vida de un cristiano celoso!

(1) Math. 5, 7.

PUNTO III.

Consuelo de esta vida.

¿Para quién seria el testimonio de la buena conciencia, sino fuera para el que procura á Dios toda la gloria, y al prójimo toda la felicidad que puede? O los trabajos que emprende para volver al redil divino las ovejas extraviadas, quedan infructuosos, y se consuela con el pensamiento de que Dios mira sus deseos, y que medirá sus recompensas por la estension y sinceridad de ellos; ó sus esfuerzos consiguen el suceso que desea; y entónces ¿que satisfaccion no experimenta, viendo vueltos á la inocencia y á la paz los que estaban tan léjos de ellas, é ir al cielo los que tenia el dolor de ver correr al infierno!

Si es dulce enjugar las lágrimas del desgraciado, ¿lo es menos preservar á las personas que se aman, de la morada de lágrimas interminables, y de eterno cruji de dientes? Si, no hay alegría mas pura que la de hacer á otros felices, aun en el sentido tan limitado que se dá á esta palabra en el lenguaje del mundo, ¿cuál será la alegría del que contribuye á hacerlos escogidos?

¡O santos placeres! Dadmelos, Señor, dadme las almas de mis hermanos; la alma de aquel

pariente, de este amigo.... Dádmelas, à fin de que yo las dé à la eterna felicidad. O mas bien ¡Dios mio! conceded su conversion y su salud, no à la solicitud de un pecador, sino à los sufrimientos, à las lágrimas, à la sangre de Jesucristo y à la intercesion de su Madre. Acordaos, &c. (pág. 32.)

MEDITACION TERCERA.

DULCE Y FELIZ MUERTE DEL CRISTIANO CELOSO DE LA SALVACION DE LAS ALMAS.

PUNTO I.

El se felicita de lo pasado

La muerte, que los santos doctores llaman aurora de la eternidad, derrama una gran luz sobre las verdades sagradas que son objeto de nuestra fé. Oh, qué bien se comprende entonces, que no habia en el mundo mas de una sola cosa importante: servir à Dios, glorificar à Dios, y en cuanto se pueda contribuir à hacerle servir y glorificar!

¡Un cristiano celoso, llegado al término de su peregrinacion, puede recordar sin alegría lo que ha hecho, y lo que ha deseado hacer por la gloria de Dios y la salvacion de sus herma-

nos! ¡Qué dulce es para él repetir con el rey profeta: „Vos, sabeis, Señor, cuántas veces se ha entregado mi alma al dolor, y experimentado una especie de desmayo, viendo à los pecadores que abandonaban vuestra ley” (1)! ¡Cuántas veces hubiera querido recorrer el mundo entero, publicar por todas partes vuestras grandezas y vuestras misericordias; y poner à vuestros pies todos los corazones con el mio! ¡Cuántas veces he embidiado la suerte de los hombres apostólicos, que, à trueque de su reposo y de su vida, iban à conquistaros reinos!.... Pero yo era indigno de un tan glorioso ministerio. À lo menos, Dios mio, sin salir de mi profesion, he podido con el socorro de vuestra gracia arrojar en los corazones algunas centellas de vuestro amor. ¡Feliz de amaros así en los otros y por los otros, porque yo os amaba muy poco por mí mismo! ¡Oh, qué dulce es la muerte cuando viene à coronar una vida empleada toda en amar y en hacer amar à Dios!

PUNTO II.

El se consuela con lo presente.

Un cristiano verdaderamente celoso, que se dedica à la santificacion de sus hermanos por la conviccion que tiene de que la salvacion es

(1) P. 118.

el todo, que los intereses de la eternidad son en tal manera superiores á todos los otros, que ellos solos merecen ocuparnos seriamente, es un hombre *que vive de la fe* (1), y que, para servirme de una hermosa imágen del piadoso autor de la Imitacion, se mantiene en pié sobre las cosas presentes que ha puesto bajo sus plantas, teniendo la mirada de su alma fija en las cosas eternas. . . . (2) ¡Oh! ¿qué lenitivo á las penas irreparables de la muerte encuentra un hombre semejante al fin de su carrera!

El mundo ha pasado por él; mas él lo menospreciaba, y mejor que nunca ve ahora la nada del mundo. Deja á otros lo que él poseía acá abajo; pero sus buenas obras y sus méritos delante de Dios, eran el único bien que estimaba. Su cuerpo sufre, pero su alma está en paz. La habitacion terrestre cae en ruinas; pero el cielo se abre. Deja las personas que le son queridas; pero las volverá á ver, para no dejarlas ya en aquella bienaventura patria de los escogidos hácia la cual él los enseñaba á dirigir todos sus deseos, como él encaminaba allá todos los suyos. Jesucristo era su vida; morir es para él una ganancia (3). ¡O muerte! ¿dónde está pues, tu victoria? (4)

(1) Gal. 3, 11.

(2) Im. 1, 3, c. 38.

(3) Philip. 1, 21.

(4) 1. Cor. 15, 55.

PUNTO III.

Está lleno de esperanza para lo porvenir.

S. Vicente de Paul decia, que siempre habia visto morir á las personas caritativas en la calma de la confianza: ¿hay persona mas caritativa que el cristiano santamente hambriento de la salvacion de su prójimo?

El sabe á quien ha confiado el depósito de sus buenas obras; su tesoro está en manos seguras. Ha cometido faltas, y faltas considerables. Recuerda lo que nos enseña el mismo Espíritu Santo, *que la caridad cubre la multitud de los pecados* (1), y que el celo ejercitado respecto de los pecadores, es de todas las penitencias la mas eficaz.

¡Oh, qué ama á reposar su espíritu en el pensamiento de aquel reino celestial, donde todas las coronas son para la caridad! ¿Qué deliciosos transportes, cuando oiga que Jesus le dice: *Ven, bendito de mi Padre!* Tendrias derecho á la recompensa de los escogidos aun cuando no hubieras hecho mas de aliviar la hambre y la sed de tus hermanos; y hay algunos de ellos que os deberán estar enteramente colmados de felicidad. Cuando por vuestras oraciones y todos los cuidados de vuestro celo, habeis he-

(1) Petr. 48.

cho recobrar á los pecadores el rico ornamento de mi gracia, es mas que si me hubierais dado un vestido en la persona de los pobres.

Pero ¿què aumento de confianza en el momento de la muerte, para un miembro celoso de la Archicofradía, en la memoria de los homenajes que ha tributado y que ha hecho tributar á María! Invocándola por los pecadores y determinando á los pecadores mismos á invocarla, obtenia su vuelta á la virtud. Muchas veces ha conjurado á la augusta Virgen á que lo asista en este momento supremo. . . . ¡Vos no lo olvidaréis, ó María! Vos vendréis, tierna Madre, cerca del lecho de vuestro Hijo, á consolar á fortificar su alma y hacer del dia de su muerte el dia de su triunfo.

Acordaos &c. (Pág. 32.)

CONSAGRACION

al Santísimo Corazon de María, que conviene hacer el dia de su entrada en la Archicofradía, y renovarla de tiempo en tiempo.

Vos me reservais, pues, todavía, ó María, este precioso y tierno favor despues de tantos otros que he recibido de vuestra bondad maternal. Yo estaba ya cerca de vos, como vuestro siervo, mas cerca de vos como vuestro hijo; y ved aquí que vos me colocais el dia de hoy, si me atrevo á esplicar de este modo, hasta lo mas íntimo de vuestro Corazon, pues que vos me ad-

mitís en el número de los que haciendo profesion particular de honrarlo, adquieren tambien derechos particulares á su amor. Madre amable de mi Redentor; yo me regocijo de pertenecer por un nuevo título: no, jamas serán demasiados los lazos que me unan á María. Consentid, yo os lo suplico, en la consagracion que yo hago de todo mi ser á vuestro Corazon Inmaculado. Todo lo que tengo, todo lo que soy, todo lo que espero, os lo doy para la gloria de Jesus. ¡O noble Corazon de la mas perfecta de las criaturas! ¡O fuente inagotable de gracias y bendiciones! ¡O modelo completo de todas las virtudes, espejo fiel donde reflejan las perfecciones del Corazon adorable del Hombre Dios! Vos sereis el camino por donde iré á mi Salvador y el canal de los nuevos beneficios que derrame sobre mí. A vos, Corazon compasivo de mi Madre, comunicaré mis penas; á vos invocaré en mis peligros y consultaré en mis dudas. Vos sereis la sagrada escuela en que estudie la ciencia de la salvacion. De vos aprenderè lo que vos habeis tambien aprendido de Jesus, la pureza, la humildad, la dulzura, la paciencia y sobre todo la divina caridad.

¡Qué dulzura para mí, Virgen Santa, pertenecer á la Archicofradía de vuestro Corazon, participar de sus méritos uniéndome á todo lo que ella hace para consuelo y gloria del Corazon de Jesucristo y del vuestro! La proteccion visi-